

tion gravísima que hizo desaparecer Voltaire en sus continuas bufonadas. Los Filósofos del siglo XVIII tendían á acabar con todas las ideas piadosas por todos los medios imaginables, sustituyendo otras convenientes para llevar á cabo su obra de destrucción. El catolicismo era la religión mas inmutable y popular, y por lo tanto se reunieron todos sus esfuerzos para derribarle. En medio de esta conspiración general, no se le ocultó á los Jesuitas que tan repetidos y bien combinados asaltos necesariamente debían producir un resultado funesto á su Orden; pero sin cuidarse de eso y siendo de su inspección la conservación de la fé de los pueblos, se les vió arrojarse á la arena, y sin calcular de antemano la fuerza de sus enemigos, combatirles con la palabra y con la pluma. Estas sábias discusiones, á las cuales el P. Berthier y otros discípulos de S. Ignacio convidaban á los innovadores, no dejaban de entorpecer algo su marcha, les obligaban á descubrir antes de tiempo sus secretos ardides, é ilustraban al gobierno, patentizándole ciertas tramas y

ciudad de Arles el 1722. El abate Boche, apelante, estaba á punto de morir; el padre Savornin, dominicano, se negó á absolverle, y el sacerdote que le administró fué castigado por el arzobispo. Estos hechos se multiplicaron, y á poco se exigieron á los enfermos las cédulas de confesión, con el fin de averiguar si habían sido asistidos por sacerdote ortodoxo. Semejante medida á pesar de nuestras ideas de tolerancia, debe considerarse legítima á los ojos de toda persona que comprende en toda su latitud la libertad que deja á los demás el derecho que uno se concede á sí mismo. Si se quiere vivir y morir como católico, es indispensable someterse á las prescripciones de la Iglesia católica que no nos precisa á aceptar su ley, pero que nos rechaza de su seno, si queremos prescindir de ellas, toda vez que nos consideremos como sus hijos. Sin embargo, la medida de las cédulas de confesión tuvo consecuencias tan funestas, que no se sabe si aprobarla ó deshecharla. Los Jansenistas se colocaban en una situación particular y que hasta entonces ningún sectario había adoptado. Los herejes, al separarse del cuerpo de la Iglesia, se gloriaban en no pertenecer á su comunión y su unidad, y hubieran reputado como un pecado participar de sus Sacramentos. El Jansenista es mas pérfido: se atreve á ser hijo de la Iglesia, á pesar de ésta, y se sostiene en ella hasta la muerte.

El uso de las cédulas de confesión para los enfermos, ya se encuentra perfectamente mandado en los avisos de S. Carlos Borromeo, y en uno de los concilios de Milán. La asamblea del clero del 1654 le había adoptado, y el mismo cardenal de Noailles rocomendó su práctica. En estas circunstancias los Jesuitas ejecutaron lo que el episcopado mandaba. Se ha querido decir que ellos inventaron la idea, y que la llevaron mas allá de su primitivo objeto: las pruebas de esta acusación faltan en todas partes. El entrometerse el parlamento en los negocios de conciencia, que no están en las atribuciones de la política pública, hizo al mal incurable. El parlamento otorgó á los Jansenistas una imprudente protección, que llegó hasta el sacrilegio. Profanó los sacramentos y obligó á varios párrocos á que los administrase á personas, que aun en sus últimos momentos, declaraban su constancia en el error. No pocas veces hizo llevar el Viático á sacerdotes rodeados de fuerza armada, que era concedida á la autoridad judicial para sancionar mas fácilmente sus culpables decretos. Desde 1738 á 1750, este escándalo fué general en Francia, y prestó á los enemigos de la religión armas para combatirla; la debilidad del gobierno no hizo lo demás.

proyectos cuya existencia hubiera convenido tener muy oculta á sus fautores. El parlamento, hostil á los Filósofos, proscribía con una mano las obras que fomentaba y protegía con la otra. Empleaba todos sus rigores como corporación contra las doctrinas impías ó revolucionarias, y las aplaudía individualmente, aflojando de ese modo el freno moderador de los pueblos. Por miedo de que se hiciese una guerra sorda ó manifiesta á los Jesuitas, acordaba su pase á todas las ideas subversivas. Envueltos los Jansenistas en los debates sin dignidad y fuerza de apoyo que la magistratura les ofrecía, llevaban cualquier conflicto sacerdotal á la barra de la Gran-Cámara. Vivían en oposición con la ley católica, y querían morir impenitentes y absueltos por ella. Negaban su autoridad soberana, y mofándose de su propia conciencia, acudían á aquella en sus últimos momentos para desacreditarla y comprometerla.

Esta situación intolerable prestaba armas á todas las pasiones. La malignidad pública estuvo en guardia por las voces que se hicieron correr acerca de la denegación de los sacramentos. Los obispos, el clero y las órdenes religiosas llenaron un deber, aunque en su cumplimiento hubiese algún abuso ó exceso. Varios sacerdotes llevaron sus precauciones hasta la intolerancia; los Jansenistas y los Filósofos se empeñaron en demostrar por todas partes el influjo de los Jesuitas para entregarlos al descrédito. Ellos, decían, son los que han provocado la Bula *Unigenitus*, y desde la fecha de esta constitución apostólica, los desórdenes. Con esto se había encontrado una palanca para batir en brecha é incesantemente á los Jesuitas, y que se empleaba en todo tiempo. Los Jansenistas y los Parlamentarios, se coligaron con los Enciclopedistas para minar la sociedad, y los mas exaltados ya concebían el pensamiento de su disolución. La tempestad iba tomando cuerpo al abrigo de tantas inteligencias y de tantos votos opuestos, que para un mismo objeto se reunían en esperanza común; y cuando menos se pensaba, estalló donde no podía figurarse. Portugal fué el primero de los reinos católicos que se presentó en campaña.

Había en la corte de Lisboa un ministro que, para eternizar su ascendiente sobre el débil José I, empleó el medio de tenerle siempre en tutela aterrorizando su imaginación con fantásticas conspiraciones contra su vida. Este ministro se llamaba Sebastian Carvalho, conde de Oyeras, marqués de Pombal. Nació el 1699 en Soura, de una familia oscura y sin fortuna; eso no obstante, ni careció de energía ni de conocimientos administrativos. No pocas veces aquella degeneraba en violencia (1), mientras que en otras,

(1) La violencia y la crueldad se hallaban tan arraigadas en la familia de Carbalho, que, en el mismo Oyeras, existía una memoria que la hacía constar. Todos los domingos, el cura, en la misa mayor, rezaba con los fieles tres veces el *Pater noster* para que el cielo les librase del furor de Carbalho.

la fuerza de su alma se oscurecía con hipócritas manejos, con una codicia sin freno, y con su iracundo caracter, que debían arrastrarle á las medidas mas sangrientas. Déspota, orgulloso, vengativo y hombre incapaz de hacer bien sino por medio del mal, concibió un ódio profundo en Inglaterra y Alemania á los religiosos y gerarquía eclesiástica. La nobleza portuguesa le rechazó de su seno: Pombal se declaró su enemigo; y cuando el 31 de Julio de 1750 sobrevino la muerte de Juan V dejando el cetro á su hijo José, comprendió aquel hombre que era llegada su época de figurar en el mundo. El nuevo rey de Portugal, semejante á los demás soberanos de su siglo, era débil, tímido, desconfiado, voluptuoso y dispuesto siempre á conceder su confianza al menos digno y mas adulator de sus cortesanos. Para ascender al ministerio era entonces preciso alcanzar la aprobacion del P. José Moreira confesor del infante, ya convertido en Monarca. Pombal habia preparado su plan con mucha anticipacion, y á fuerza de artificios, logrado la amistad de los Jesuitas (1), habia ganado su estimacion con una esterioridad piadosa, hábilmente sostenida; él mismo vistió la sotana de la Compañía al segundo de sus hijos, siendo aun niño. El P. Moreira, así como la mayor parte de sus cólegas, no creía en la hipocresía. El celo de que Pombal hacia alarde le sedujo, y no vió en este hombre sino brillantes cualidades. Sin querer sondear los vicios de su carácter y la doblez de su refinada ambicion, cayó en el lazo que el intrigante le tendía, y la persona que Juan V habia tenido siempre á larga distancia del poder, se encontró de repente revestida en el cargo de la Secretaría de Estado y de Negocios extranjeros. Muy luego fué el principal ministro, y, como decia de sí mismo, el Richelieu del Luis XIII portugués.

[1] En la página 25 de la *Histoire de la chute des Jesuites*, por el conde Alejo de Saint-Priest, se leen las líneas siguientes: "Al perseguir Pombal á los Jesuitas no los acusaba de pertenecer á un Instituto culpable, ni de profesar máximas inmorales, solamente les imputaba, el ser menos adictos que sus antecesores á los principios de San Ignacio, y aun él mismo se gloriaba de pertenecer á la Orden Tercera de Jesus, y de observar sus prácticas." El historiador de la *Extincion de los Jesuitas* dice la verdad en la primera parte de su proposicion, no sucediendo así en la segunda, porque, si por *Tercera Orden de Jesus* entiende una congregacion ó filiacion cualquiera dependiente del Instituto de San Ignacio, Mr. Saint-Priest está como otros muchos, en un error completo. En Lisboa existía una Tercera Orden y una Iglesia llamada de Jesus; pero la Tercera Orden y la iglesia pertenecían á los Franciscanos, denominados Padres de la Orden Tercera de Penitencia. Otra Tercera Orden para los seculares se hallaba establecida en la citada Iglesia; Pombal fué su jefe, es cierto; pero ese Instituto ó congregacion nada tenia que ver con los Jesuitas, que jamas han tenido Tercera Orden. De estos *Terceros* apenas existían en Lisboa, mientras que en España se vén muchos, y esto ha dado margen para que los escritores hostiles á la Compañía la crean oculta en aquello, y para que los ministros de España en sus correspondencias secretas ú oficiales, tratasen de acreditar esta mentira histórica.

Conocía cual ninguno la sombría susceptibilidad de su soberano, y así creyó, que el modo de captarse mejor su gracia era el presentarse á sí mismo como víctima. En Agosto de 1754 hizo firmar al Rey un decreto en que le decia "que un ministro de Estado pudiera muy bien ser asesinado, por ocultas tramas de sus enemigos." Semejante atentado, en un todo le equiparaba al crimen de lesa-magestad, y el senador Pedro Gonzalez Cordeiro, el alma condenada de Pombal, fué el encargado de hacer amplias y continuas informaciones. La arbitrariedad se ejercía sin máscara; Pombal llenó de prisiones las orillas del Tajo, y cuantos le eran odiosos, ó le infundían sospecha, fuesen sacerdotes o religiosos, nobles ó ciudadanos, poblaron aquellas oscuras mansiones. La delacion recibía su premio, el favorito la tenía á sueldo, y así no perdonaba á nadie. José I se dejó persuadir fácilmente de que si la vida de Pombal se hallaba en riesgo, la suya necesariamente debía correr peligros mucho mayores; y aterrizado con esta idea, dejó pasar libremente las atrocidades de su ministro. Este último temía á sus contrarios, y mas que nada, al que pudiera revelar al Rey el misterio de iniquidad con que le habia envuelto. Toda persona, cuya franqueza le pareciese expansiva, era sumida en lo profundo de un oscuro calabozo, y semejante aviso contenía á los demas que adoleciesen de esa cualidad. A pesar de todo, conocía que no encontraba medio para atacar á los Jesuitas, y que su actitud prudente, y el crédito que disfrutaban en la corte entre la grandeza y el pueblo, debían tarde ó temprano arruinarle. Pombal se resolvió á tomar la iniciativa: era atrevido, no tenía que combatir sino con hombres timoratos, y obrando antes de pensar, el resultado material debía serle favorable. Entre cinco padres del Instituto se dividía la confianza de la familia Real. Moreira dirigía al Rey y á la Reina, Oliveira era el preceptor de los infantes, Costa el confesor de D. Pedro, hermano del Rey, y Campo y Aranjues, los de D. Antonio, y D. Manuel, tíos del mismo.

Para alejar á los Jesuitas era preciso remontarse mucho, y Pombal llamó en su ayuda á la intriga. Alarmó al Monarca con nuevas sospechas, le persuadió de que su hermano quería representar en Portugal el papel de todos los Pedros, y que para hacerse popular en ese sentido, estaba secundado por los Jesuitas. No se necesitaba tanto para despertar la inquietud de José; Pombal habia mezclado el nombre de los Jesuitas con el de su hermano, cuyas maneras caballerescas eran objeto de envidia para el Rey; y desde este momento los Padres de la Compañía fueron poco á poco perdiendo la confianza del Monarca. Conocía el ministro los progresos que esta idea habia hecho en el ánimo de un príncipe, sobre el cual tenía arraigado su imperio, y trató de sacar partido de la primera calumnia. Para conseguirlo mejor, nutrió su corazon con

la lectura de cuantas obras se habian escrito contra la Compañía de Jesus, recomendándole en esto el mas inviolable secreto, y semejante reserva aumentó el atractivo del fruto que se decia vedado. Esta esperiencia que salió bien con el Rey, la ensayó con el pueblo, inundando el Portugal de libros que, en diferentes épocas, se habian publicado para desacreditar á los Jesuitas; y cuando ya creyó en completa madurez sus artificios, hizo recaer sobre los PP. del Instituto la persecucion de que ya eran víctimas sus amigos.

Dos Jesuitas fueron desterrados: el P. Ballister, como acusado de haber hecho en el púlpito algunas alusiones contrarias á una idea de Pombal; y el P. Fonseca, por haber dado un prudente aviso á unos negociantes portugueses que le consultaron sobre la misma idea. El ministro tenia necesidad de oro, las confiscaciones no llenaban sus arcas tan pronto como quisiera; y así creó una compañía llamada del Marañon, que arruinaba el comercio, y bajo pena de espatriacion era preciso, no solo consentir sino admirar el monopolio que ejercia. Fonseca hizo comprender á aquellos comerciantes lo deplorable de la medida. Estos dirigieron una representacion al Rey, y esto bastó para que Pombal los redujese á prision. Ya se corria la voz de dar el golpe mortal á la Compañía de Jesus, cuando el gran temblor de tierra de 1.º de Noviembre de 1775, unido á los estragos del incendio, llenó de luto y consternacion á Lisboa.

En el estado de muerte y devastacion en que se encontraba esa ciudad tan fuertemente probada, eran necesarios hombres de abnegacion y de valor. Pombal fué un modelo de calma, de intrepidez y prevision, en aquel teatro de horror. Los Jesuitas, detrás y delante de él, se precipitaron en medio de las ruinas y de las llamas para salvar de su último fin á algunas víctimas. Sus siete casas quedaron destruidas (1), y á pesar de eso, la desgracia de los demas fué la única calamidad que conmovió sus corazones. Su caridad halló recursos para prestar un asilo á la multitud conternada, y á una gran porcion de heridos, atormentados por el hambre y sus dolores, y á quienes el espanto y el padecimiento habia vuelto como estúpidos. Los Jesuitas les proporcionaron toda clase de auxilios, y orando en su compañía les enseñaron á tener fé en la energía religiosa; el padre Gabriel Malagrida y el Hermano

(1) La casa de Pombal permaneció ilesa en el desastre general, y el Rey quedó tan asombrado de este hecho, que lo atribuia á una providencia particular. El conde de Obidos, célebre por sus dichos, contestó un dia al Monarca sobre este particular: "Señor, es cierto que se ha conservado la casa de Garbaho; pero las de la calle de Suja han tenido la misma suerte. Es de advertir que esta calle era el receptáculo de todas las prostitutas de Lisboa. Segun Linka, en su *Viage á Portugal*, este chiste costó al conde de Obidos muchos años de prision.

Blaise fueron para muchos desgraciados una providencia visible, y sus nombres, unidos al de Pombal, eran bendecidos sobre las ruinas de la corte de Portugal.

Estas demostraciones del pueblo llegaron hasta el trono. José I no pudo resistir á un movimiento de gratitud, ó de arrepentimiento; y á fin de recompensar á los Jesuitas por su heroismo, levantó el destierro á Ballister y á Fonseca; mandó que se reedificase la casa profesa de la Compañía, á espensas de la corona, y Malagrida recobró el ascendiente necesario sobre aquella naturaleza aletargada para volverle á los sentimientos piadosos.

Tan inesperado cambio echaba por tierra los planes del ministro y sus sueños de grandeza. Un peligro comun habia confundido en idéntico pensamiento el celo religioso de los Jesuitas y el patriótico de Pombal; el peligro habia desaparecido; y en su vista el ministro recordó al rey sus antiguos temores, y Malagrida fué desterrado. Por entónces era imposible vencer á toda la Orden, y así Pombal se resignó á atacarla en detall. Para conseguirlo, tuvo necesidad de buscar por ámbos hemisferios crímenes que la pudiesen ser achacados. Los protestantes y los jansenistas surtian á la Europa de una buena porcion de falsos atentados, miéntras que aquel les regalaba en cambio los que forjaba en América. Pombal no tenia liga alguna con los filósofos del siglo XVIII; sus ideas de emancipacion y de libertad inquietaban su despotismo, y al juzgarles por sus escritos, acusaba con frecuencia á sus actores de querer romper las cadenas del pueblo por medio del racionio. Este era un error, pero, igual á todos los que se arraigaban en caracteres de este temple, cada vez mas tenaz é irreflexivo. Pombal servia á los enciclopedistas franceses sin estimarlos, y éstos á su vez, llegaron á ser sus mas útiles auxiliares, desaprobando al propio tiempo cuanto habia de exagerado y en extremo odioso en su arbitrario reformador. El ministro portugues de todo prescindia, ménos de la fuerza brutal. Los filósofos no dudaban que las cosas llegarían á ese punto; pero creían que aun no habia sonado la hora. Estas pequeñas disidencias no eran obstáculo para que Pombal y los escritores del siglo XVIII dejasen de prestarse un mutuo apoyo para trastornar el edificio social. El portugues se contenia en sus innovaciones religiosas por el culto anglicano; pero esperaba resucitar á las orillas del Tajo las sangrientas peripecias del reinado de Enrique VIII de Inglaterra. Los filósofos le adelantaban en sus proyectos, soñando hasta en la consagracion legal del ateismo. Sin embargo, lo mismo para éstos que para el portugues existia, siempre en guardia, un enemigo del que era preciso deshacerse á todo precio. Este enemigo era la Compañía de Jesus. Pombal habia aislado á los Jesuitas; el miedo de un destierro ó de una confiscacion contenia á sus protectores y clien-

tes, y así se encontraron casi solos en la brecha, frente á frente con un enemigo que en sí concentraba y reunía todos los poderes. Antes de resolver Pombal la completa destrucción del Orden, quiso ayudarse de la calumnia, y á fin de que la prueba no pudiese descubrir tan pronto la impostura, trasladó á América la primera escena de su sangriento drama.

Sabido es que, en diferentes ocasiones, ha corrido por Europa la voz de que existían en las reducciones del Paraguay abundantes minas de oro, así como igualmente que semejante rumor ha sido desmentido, ya por los mismos hechos, ya por el testimonio de los comisarios regios enviados á aquellos lugares. La España sabía muy bien el valor de estos rumores, cuando, en 1740, Gomez de Andrade, gobernador del Rio Janeiro, pensando que los Jesuitas, al haber conseguido del gobierno español que no entrasen extranjeros en las reducciones del Parana, llevaban la mira de ocultar á miradas indiscretas los manantiales de una quimérica fortuna; concibió el proyecto de un cambio entre las dos coronas, y para obtener las siete reducciones del Uruguay pensó ceder á la España la hermosa colonia del Sacramento. Dió parte de todo á la corte de Lisboa, la que se apresuró á entrar en trato con la de Madrid. El trueque era demasiado ventajoso á esta última para que dejase de aceptarle. El Portugal abandonaba un país fértil, que por su situación, abría y cerraba la navegación del rio de la Plata, y en cambio, tomaba una tierra condenada á perpetua esterilidad. La España se adhirió al tratado; pero, como si los diplomáticos de ambos países tuviesen el poder de obligar á aquellos salvajes convertidos en hombres, á que mudasen de patria como de calzado, fué estipulado que los habitantes de las siete reducciones cedidas irían lejos de allí á desmontar y poner en cultivo otros terrenos á cual más ingratos y estériles. Con el deseo de explotar á su libertad las ricas minas de oro con que había soñado el consejo de Lisboa, Gomez de Andrade puso por condición que más de treinta mil almas quedasen repentinamente sin patria, sin familia, y sin más recursos que la buena ventura para volver á comenzar su vida errante.

Los Jesuitas eran en aquella sazón, los padres, los maestros y amigos de aquellos neófitos, y tenían una influencia completa sobre ellos. El 15 de Febrero de 1750 les fué encargado por las dos cortes signatarias del tratado y por el gefe del Instituto, que dispusiesen al pueblo para la próxima transmigración. Francisco Retz, general de la Compañía, espidió para mayor seguridad, cuatro copias de su orden, en la cual, después de recomendar toda clase de precauciones, añadía: “que él mismo se creía en el deber de superar cuantos obstáculos le detenían en Roma, para acudir personalmente á aquellos países, y favorecer con su presencia la in-

mediata ejecución de las voluntades de ambos príncipes.” Tanta era su prisa por agradar á las dos cortes. El P. Barreda, provincial del Paraguay, se puso en camino, á pesar de sus años y achaques, y nombró para que le reemplazase al P. Bernardo Neydorffert, que ya había más de treinta y cinco años que residía entre sus neófitos, quienes le tenían especial predilección. El Jesuita comunicó tan extraño proyecto á los caciques, y de todos ellos recibió la misma respuesta; todos declararon que preferían antes la muerte en su tierra natal, que un destierro ilimitado é inmerecido, que les separaba de las tumbas de sus abuelos, y de las cabañas donde habían nacido sus hijos, para consumir su ruina. Los Jesuitas comprendían el valor de sus sencillas quejas, y se asociaban á ellas; y es digno de sentirse que en aquella ocasión no tuviesen el valor necesario para oponerse á tamaña violencia. No se les ocultaba la negra trama que amenazaba á la Compañía, ni la coalición de envidias y preocupaciones que se alzaban contra ella, y creyeron conjurarla haciéndose los auxiliares de los gabinetes de Madrid y de Lisboa, que traficaron con sus neófitos cual si fuese un trato de ganado. Esta condescendencia fué una falta, que en lugar de contener, apresuró su ruina. La sumisión que les calumniaba fué reputada por sus enemigos como un acto de debilidad, é hizo á Pombal más exigente. El ministro que veía los inútiles esfuerzos que ensayaban para calmar la irritación de los indios, acusó á los misioneros de doblez en este negocio, suponiendo que en secreto obraban de diferente modo que en público. Oprimía á los neófitos, á fin de ensayar sus fuerzas, y los padres, lejos de resistir, se prestaban con un doloroso abandono á las medidas que la ambición y la avaricia sugerían, por lo cual creyó Pombal que semejantes contrarios ya estaban de antemano vencidos. Se sirvió de ellos para desorganizar las reducciones, y al mismo tiempo los acusó como instigadores de rebelión.

Los Jesuitas tenían la clave del cambio inmoral propuesto por la corte de Lisboa; sabían que la total dispersión de los neófitos no llevaba más objeto que el dejar á los agentes portugueses la facultad de explotar á su placer las fabulosas minas de oro, que los Jesuitas beneficiaban de una manera tan discreta. La verdad y honor del Instituto se hallaban comprometidos en la cuestión; pero sus individuos quisieron mejor secundar las miras de sus adversarios, que apoyarse en sus amigos. Entraron también en la funesta senda de las concesiones, que jamás ha salvado la menor cosa, y que ha perdido en cambio más de una justa causa, cubriéndola con un barniz de deshonor en sus últimos momentos. Los Jesuitas, aturridos con el eco de los clamores que se alzaban á su alrededor, creyeron abogarlos transigiendo con los que los lanzaban, y para no atraer una tempestad, quizá útil en aquellos momentos, se resig-

naron á hacer el papel de involuntarios hecatombes ó de mártires por concesion, único camino que conduce á la muerte sin honra ni provecho.

Los indios apelaban á la fuerza para paralizar la arbitrariedad; y esta misma arbitrariedad, personificada en Pombal, acriminó á los Jesuitas, y los denunció á la Europa entera como escitadores de los pueblos á la insurreccion. Los Jesuitas no tuvieron la feliz idea de ser tan noblemente culpables. Intrigas dirigidas por católicos se agrupan para convertir en malas todas sus acciones, mientras que un escritor protestante se muestra mas justo y equitativo, y dice (1): "Cuando los indios de la colonia del Sacramento, reunidos en número de doce á catorce mil, ejercitados en el manejo de las armas y provistos de artillería y municiones, rehusaron someterse á la orden de espatriacion, difícilmente se puede creer en las aserciones de los padres que aseguran haber empleado todo su poder é influencia para reducirlos á la obediencia. No obstante, está probado que los misioneros, al ménos exteriormente, hicieron todo lo necesario al efecto; pero bien puede suponerse que sus exhortaciones, dictadas únicamente por el deber, si bien repugnantes á sus sentimientos, no tendrían todo aquel calor y entusiasmo que las hubieran adornado y hecho mas persuasivas en otra ocasion. El suponer esto no es bastante para deducir de aquí un cargo de rebelion. ¡Qué sería de la historia, qué de la justicia, si por la sola palabra de un ministro, destituida de pruebas, fuese permitido ajar la reputacion de un hombre ó de una corporacion!"

Por amor á la paz, los Jesuitas se colocaban entre dos escollos; por una parte se esponian á las justas reconvencciones de los indios, y por otra se entregaban á discrecion de los enemigos del instituto. Era objeto de calumnia hasta su incomprendible abnegacion, y se despojaban de sus armas en el momento mismo de comenzar la batalla. Los neófitos tenían en ellos la confianza mas ilimitada: hubiera bastado una sola palabra de los misioneros para sublevar á todas las reducciones, y en medio de una guerra entre la metrópoli y las colonias, hacer vibrar en el corazon de los indios el sentimiento de independencía que aquellos tenían tanto cuidado en sofocar. No se atrevieron á evocar un pensamiento generoso; predicaron la obediencia á la ley, y se colocaron en el peor terreno para los dos partidos.

Las familias desterradas atribuyeron á su debilidad los incalculables males de que fueron víctimas, y llegaron á amenazar, y hasta perseguir á algunos Jesuitas, que como el P. Altamirano, se creyeron obligados por interes general á aceptar las funciones de comisarios encargados de la ejecucion del tratado de cambio.

(1) Schöell, Cours d'histoire des Etats européens, t. 39, pág. 15.

A la respectiva adhesion, tenida hasta entónces con los misioneros, sucedieron las prevenciones y sospechas que hábiles agentes tuvieron buen cuidado de fomentar en el alma de los neófitos. Era preciso arrastrarlos á una guerra parcial y doméstica, á fin de romper por la sangre derramada la union que existía entre los indios y los discípulos del instituto. Logróse este resultado. Ya se habia privado á las tribus cristianas del Marañon, de la guardia espiritual de los Jesuitas, y se queria hacer lo mismo con sus piadosas conquistas del Uruguay. En este conflicto interior, los catecúmenos no pudieron obrar de comun acuerdo: habituados á la obediencia voluntaria, de repente se encontraron sin gefes y sin Jesuitas, y obligados á luchar para conservar su patria. La accion pacífica de los padres se hacia sentir aun en algunas reducciones, empleada en persuadirlas á la resignacion y obediencia. Esta contrariedad de fuerzas produjo tristes efectos; muchas tribus acudieron á las armas, y otras, inspiradas por los misioneros, se contentaron con quejarse y murmurar. Las primeras fueron vencidas, y las restantes, con la corrupcion mercantil, muy luego se impregnaron de los vicios y relajacion de Europa. De este modo se comenzó á echar por tierra el vasto edificio de los misioneros, que tanta sangre y sacrificios habia costado elevar.

Gomez de Andrade quedó por único dueño de las reducciones del Uruguay. Se hallaban espulsados los Jesuitas y sus indios, unos por la violencia y otros por la astucia; ya no restaba mas que descubrir las minas de oro y plata, prometidas á Pombal. Se profundizaron las llanuras, se desmontaron los bosques, se registraron las montañas, se sondearon los lagos, y por todas partes se trataron de escudriñar hasta las entrañas de la tierra. Fueron llamados ingenieros, y toda su ciencia explorativa no fué bastante para realizar los sueños del codicioso Andrade. Desengañado finalmente este hombre, conoció la irreparable falta que le habia precipitado á tamaños desórdenes; la confesó á los Jesuitas, á Pombal y á todos, y les suplicó que trabajasen de consuno á fin de deshacer el tratado de límites provocado por su insaciable avaricia. La Compañía no estaba ya en el caso de enmendar tales faltas, y Pombal los creyó muy convenientes á sus designios ulteriores. Gomez fué condenado á la vergüenza pública, y el ministro, cuyos instintos habia secundado, se aprovechó de sus mentidas revelaciones para desnaturalizar los hechos.

Era esta la época en que los espíritus agobiados por el peso de un mal desconocido, se arrojaban en brazos de la corrupcion para llegar mas presto á una perfeccion ideal, que la filosofia les hacia entrever, sin Dios, sin culto, sin costumbres y sin leyes. Resueltamente se caminaba al asalto de los principios y de las virtudes, arrollando por el camino cuanto se presentase como barrera de la